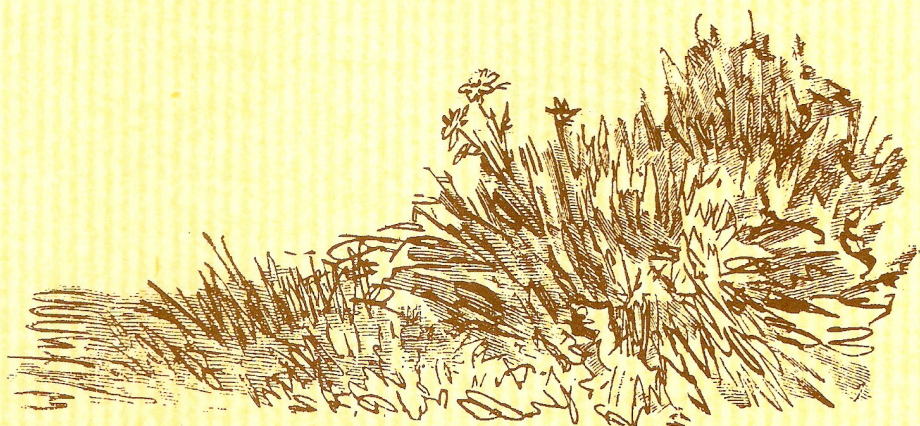


Alejandro Céspedes

*Hay un ciego
bailando
en el andén*



poesía Hiperión

poesía Hiperión
(títulos recientes)

- 289 Carilda OLIVER LABRA
Discurso de Eva
- 290 Rubén DARÍO
- 291 Francisco CASTAÑO
Dentro del corazón de la memoria
- 292 Leopoldo María PANERO
Claudio RIZZO
Tensó
- 293 Pilar GONZALEZ ESPAÑA
El cielo y el poder
- 294 Yehuda AMIJAI
Un idioma un paisaje
- 295 Luis GARCÍA MONTERO
Casi cien poemas (1980-1995)
- 296 Cesário VERDE
El libro de Cesário Verde
- 297 Luisa CASTRO
De mi haré una estatua ecuestre
- 298 Ada SALAS
La sed
- 299 Pelayo FUEYO
Parábola del desertor
- 300 Wislawa SZYMBORSKA
El gran número. Principio y fin
- 301 Fermín HERRERO
Echarse al monte
- 302 Carlos MARTÍNEZ AGUIRRE
La camarera del cine Doré
- 303 José ALMADA NEGREIROS
La escena del odio
- 304 Juan ABELEIRA
Identidades

eBook



Códice de Barras Poesía

Esta edición electrónica de *Hay un ciego bailando en el andén* ha respetado la portada original que la editorial Hiperión le dio para iniciar su camino. *Códice de Barras*, en esta segunda vida transparente que va a tener el libro, le ha dado también una portada.



Alejandro Céspedes
HAY UN CIEGO BAILANDO
EN EL ANDÉN



Códice de Barras

poesía

Poesía Hiperión, 321

ALEJANDRO CÉSPEDES

*HAY UN CIEGO BAILANDO EN EL
ANDÉN*

(1993-1996)



Foto: Pedro de Juan Pulido, 1996



Alejandro Céspedes

HAY UN CIEGO
BAILANDO
EN EL ANDÉN



HIPÉRIÓN

DE LA EDICIÓN EN PAPEL

poesía Hiperión
Colección dirigida por Jesús Munárriz
Diseño gráfico: Equipo 109

© *copyright*: Alejandro Céspedes 1998
Derechos de edición reservados: EDICIONES HIPERION,
S.L.
calle de Salustiano Olózaga, 14 28001 MADRID Tfno.: 91
5776015
<http://www.hiperion.com> - e-mail: info@hiperion.com
ISBN: 84-7517-533-3 Depósito Legal: M-9873-1998
Artes Gráficas Géminis, S.L. San Sebastián de los Reyes -
Madrid

Prohibida la reproducción total o parcial de este libro
sin permiso previo por escrito del autor

IMPRESO EN ESPAÑA - UNIÓN EUROPEA

DE LA EDICIÓN DIGITAL



Códice de Barras Poesía

Edición eBook: ***Códice de Barras***
septiembre de 2012

Sea mi ser idéntico a sí mismo.

Ricardo Reis

I

En qué lugar de mí
se agazapaba el hombre
que me iba a mirar como a un extraño.

En dónde estaba él cuando la lluvia
caía mansamente sobre el lomo
brillante y resignado de las vacas,
y mis botas de goma perseguían
el trozo de la rama que era un barco
veloz por el caudal de las cunetas.

En dónde cuando el cauce
que formaban las hojas
de los árboles
iba vertiendo ríos
que llenaban los huecos
de la risa.

Cuando orinaba en las cuevas
de los grillos, dónde.
Dónde cuando desnudo
volvía el rostro y las manos hacia el cielo
para sentir la lluvia
deshilachar mi túnica de barro.

En qué lugar de mí
se agazapaba un hombre

mientras en pie, la lluvia,
como una verja inútil,
transparente,
me protegía del mundo que había fuera.

Sólo al agua
le ha sido concedido el elevarse.
Abandonar la tierra.
Separarse del barro que endurece
y afirma las pisadas de los hombres.
Formar parte del cielo

y alejarse.

Huir sin dejar rastros,
alma sola, sin cuerpo,
revive sin cadáver.

Pero no tú,
no yo,
polvo con forma
amasado en el fango de los días.

Por eso estoy aquí,
en la otra parte,
fuera.

Miro los mismos ojos que tú ves,
mientras en pie,
la lluvia,
como una verja alta,
transparente,

es aduana del tiempo,
es frontera que cierra
el paso hacia la infancia
y separa a aquel niño que me mira
de este largo cadáver que hoy se moja.



II

Qué lejos ya la esclavitud del cuerpo.
Ese empujón constante hacia la nada,
o contra sombras móviles
del pensamiento, atadas
igual que una cometa
en manos caprichosas
que retienen,
aflojan,
o sueltan el
cabo.

Lejos también el sueño de la vida.
Mejor dicho, los sueños de las vidas
que entre los dos cargamos a la espalda
cuando creíamos,
en realidad,
ser uno.

Lejos él de yo mismo.
¿Lejos yo de mí mismo?

Ha de existir, seguro, una frontera
que algún día cruzamos sin saberlo
y a partir de ese instante
mientras yo avanzo,
bebes
en un tiempo embalsado
que ampara del dolor,
del crecimiento.

Lejos de ti la esclavitud del cuerpo.
Muy lejos de mí
queda la esclavitud de la quimera.

Habitas en la arena de un reloj
en el que los dos somos
lo mismo y lo contrario.
Tú ya vives, sin mí,
en tu propia muerte
pero sólo la mía ha de matarte.

No podemos juzgarnos.
Somos únicas víctimas
de nuestro único sueño.
Las dos únicas víctimas del juego.

III

Surges entre el olvido.
Rasgas niebla con la mano que agitas.
Eres tú niebla misma,
cuerpecillo que mueves
tu brazo en la distancia.

Vienes como el silencio,
nunca avisas.
Divides mi cerebro en dos mitades,
de golpe,
como un vidrio que cayera
para aislar los dos mundos que estiramos
contra inicios opuestos.

Sé que me estás hablando.
No sé si te despides o me adviertes
pues tus palabras vuelan,
y al intentar volver desde la infancia
quiebran contra el cristal que nos separa
la porcelana ingenua de su cuello.

Pedazos rotos por mi mente ruedan.

A dónde irán las almas de estas aves
si ya es mi frente un féretro cerrado,
pudridero de instantes sucesivos.

No sé si estás llorando.

Estás tan lejos.

Quédate allí, conmigo.
Cultiva esa materia intransitable.
En tu universo el tiempo ya no existe.

No pronuncies siquiera nuestro nombre.
Desconfía de aquello
que te acerque a un camino.

Quédate entre la bruma
porque ya formas parte
del paisaje que juntos construimos.
Te necesito allí para saber que estuve.
Si te vas,
 mi vida
se escapa por el hueco que tú dejas.

Quédate.
Allí has de ser feliz.

IV

Para saber de ti me asomo a un pozo.
Me sujeto al brocal.
Grito mi nombre.
Despiertas, en el fondo,
tus pupilas de agua
flotan entre la umbría del silencio,
se mecen en lo oscuro,
me miran,
ven el cielo.

Para saber de ti grito mi nombre
y es circular, concéntricas
las sílabas resbalan
para llegar a ti,
y al rozar suavemente
tu intáctil superficie
extiendes sobre el agua
las ondas de la huida.

¿Por qué siempre te ocultas
cuando me asomo a ti?

Vuelve mi voz volando junto al eco
y hay en ella un vacío
que aísla cada letra de mi nombre.
Qué insalvable distancia se introduce
entre la vida y yo.

En la hondura del tiempo no hay un cambio.

Observo nuestra vida.

que media entre los dos

Es este hueco

y el tiempo ahonda.

Esto que te preserva

y me separa más

en cada diaria muerte

me obliga a seguir siendo mi otro mismo.





V

¿Vendrías hasta mí?

¿Cruzarías las fronteras,
los lenguajes,
las vías *siempremuertas* de los trenes,
las ciudades
que no estuvieron nunca escritas sobre un
mapa?
¿Cambiarías de hemisferio,
de andén
de estación,
de calendario?
¿la medida del tiempo,
que ya no es simultáneo entre nosotros?

Y qué ibas a encontrar sino el futuro.

Lo único de ti que ya conoces.

VI

Hubo un tiempo anterior
donde era libre
de inventarme los nombres de los días.
No había formas aún,
y los profetas
no encontraban el túnel de mi oído.

Caminaba naciendo en cada instante
y el recuerdo era un mundo inhabitado
al que no sabía cómo llegar.
De cada segundo ya pisado
nacía selva.

Hasta que un día, el gallo
perforó con su agudo la cera de mi oído,
troceó la existencia,
los sueños,
y las luces,
las sombras,
y la vida.

Andan sueltos ahora
unos dioses abstractos
que pugnan por cumplir sus profecías.
Nos han hecho mortales
y vosotros
avanzáis
confiados.

No hay rumbo adonde vais.

Es el futuro

y allí no he de seguiros.

Oigo que alguien repite
mi nombre en la distancia
y al volverme
veo que cada sílaba
al caer
abre un hueco
en la espinosa selva
que frente a mí se alza.

Cada sílaba
un paso
que cuanto más avanza más regresa,
más aprieta sus nudos
lo que dejo a mi espalda.

Hoy es hoy,
el pasado.
El porvenir no es nada más que mirar atrás.

Ya no oigo al gallo.

VII

Busco ese territorio
en donde fui feliz
tan pocas veces.
Pero siempre está allá,

atrás.

Y cuando llego,

 atmósfera.
Cosas muertas.

Intactas.

Imposibles de asir.
Polvo que dura.
Urna cerrada en la que duermen momias.

Y sin embargo en ellas
hay una esencia, un poso, que me calma.



VIII

Una voz
me reclama.
Sube desde el silencio de la siega
y abre de par en par mis ventanales.
Viene,
trae el bostezo
del sol entre la hierba volteada,
el sopor de los hombres que seestean
tumbados a la sombra del manzano.
Trae un zureo de hojas arrancadas
que en la tierra copulan
cuando se agita el viento.

Esa voz
que ahora canta,
valiente,
sin memoria,
sin colgajos,
no precisa soñar pues es tan joven
que aún no tiene grietas
donde pueda hacer nido la nostalgia.

Esa
voz
es
un
ala.

Diluye en su batir esta miseria
que une viscosa un día al otro día,
y siembra en cada surco
del aire que remueve
una sílaba abierta
que no tiene pasado ni destino.

Eres, voz,
casi agua,
humedad de un aliento que a la hierba
redime del mordisco del ganado
haciéndola olvidar que será estiércol.

Voz
de torso desnudo,
ya en el instante mismo en el que vibras
hay germen de corteza en tus membranas,
y aún ignoras la escoria que el camino
irá poniendo a diario entre tus cuerdas.

Voz,
te harán con espinas.
Necia,
ronca,
real
como el mugido
de una res solitaria.
Te volverás tan áspera
como el llanto de un padre,

sorberás los pezones de los sueños,
empañará tu eructo

el brillo de las nanas
y con cada ronquido
y estarás ingiriendo
trozos de tu cadáver.

Pero no calles.
Ha de continuar la tarde en calma
mientras tu vuelo ansíe
en su ascensión la esencia del silencio.

No calles, voz,
aún,
ya tendrás tiempo
cuando derrita el sol
tus atrevidas alas.

IX

No ser
para volver a ti.

Mirar el balanceo
de la hierba delgada del verano.

La avispa
chupando el corazón
podrido de la fruta
caída.

La casa abandonada.
La humedad que cobijan
los armarios cerrados.
El cauce del jazmín hasta mi olfato.
El perfume del alma
de un árbol que comienza a ser talado.

Hormigas
para volver a ti
me suben por las piernas.

Cerrar los ojos,
con fuerza,
contener el aliento
para saber en dónde.
Correr.
Cruzar el mar,

el maizal
que dobla la altura de un chiquillo
y rasgarme la cara
con el áspero filo de las hojas.
Irme transfigurando
para volver a ti.

Desgarrar la membrana
que envuelve la crisálida.

Correr.

Rasgar la vida
áspera con las hojas.
Llegar al epicentro
profundo del sembrado.

Saber que estás aquí
porque exhalas el fresco olor del alma
de un árbol que ya cae,
recién talado.

X

El vértigo de verme ante mí mismo,
el escapar de mí,
convierte la existencia en un catálogo
de conductas vacías.

Todo camino desemboca en otro,
toda huella conduce hacia la nada.

La vida es sólo vida.

Siempre vida.

Espacio.

Espacio que me ignora.

El presente es la deuda
que reclama el pasado.

XI

La eternidad que quiero
es este instante.

El sol
reventando en esta piedra
que calienta los huesos de mis manos.
Es esta la quietud.

Este el silencio
donde quiero esperar
que venga el río estático del tiempo.

Quiero ser la imposible inexistencia.
Ser la roca.

Insensible.
En la frivolidad de su dureza
es capaz de imprimir la flor,
el pájaro,
la cáscara de un hombre,
ya sin sueños.
Fundirme hasta ser fósil.
Eso quiero.

No hay más vida en el hombre
que su propio pasado.
Cualquier empeño,
amar
odiar
sufrir,
es tan sólo un delito evanescente

en nuestros mercadeos con la vida.
Con nuestra propia vida,
mientras deambulamos
sin demasiado apremio
hacia la nada.

Dejadme pues ser carne enroquecida.
Ser piedra en el abdomen
de cualquier montaña.

Dichoso tú, Caeiro,
tienes el egoísmo de las flores.

XII

Quisiera no ser yo.
Burlar a este traidor
que está dentro de mí.
Y está venciendo.

En todo cuanto hago no hay sentido.
Lo sé.
En cada nuevo intento
una y otra vez más envaso sombras.
Después,
 mundo vacío,
cuerpos que se arremeten
como armaduras huecas
y empitonan los sueños
como si nunca hubiesen sido suyos.

No ser, o ser la hoja
que recoge en su cuenco
un puñado de sol.
Transparente.
Liviano.
Ser el calor.
 La llama.
 El leño que arde.
La rama que al morir dio vida al leño.
El árbol.
Ser la raíz que escapa hacia la tierra.
Nunca el hombre.

Ser muy lejos de él y sus pisadas
una hoja que huye sin girar la cabeza
y se pierde en un bosque
donde habrá de ser humus.
Donde habrá de cumplir al fin su sueño.

XIII

En la lluvia que cae muere el otoño.
Diciembre se ha cansado
de sostener cadáveres de hojas.
El viento ha esparcido
los espíritus tenues
que habitaban la fruta.
Penden crucificados de las zarzas.

La soledad del rayo
disecciona el perfil de los cipreses
sobre el negro compacto de la tarde.
Una quietud de muerte cubre el campo
y hasta la tierra oculta
que alguna vez fue arada.
Se vuelve hacia sí misma.
Da la espalda.
Cierra recia sus poros
y, confusa, la lluvia
se amotina en los charcos.

El graznido del cuervo
naufraga entre las olas de la atmósfera.
El mundo está escondido
tras un velo grisáceo.

Yo, desde mi ventana,
veo pasar los sueños
hundiendo sus pisadas en el barro,

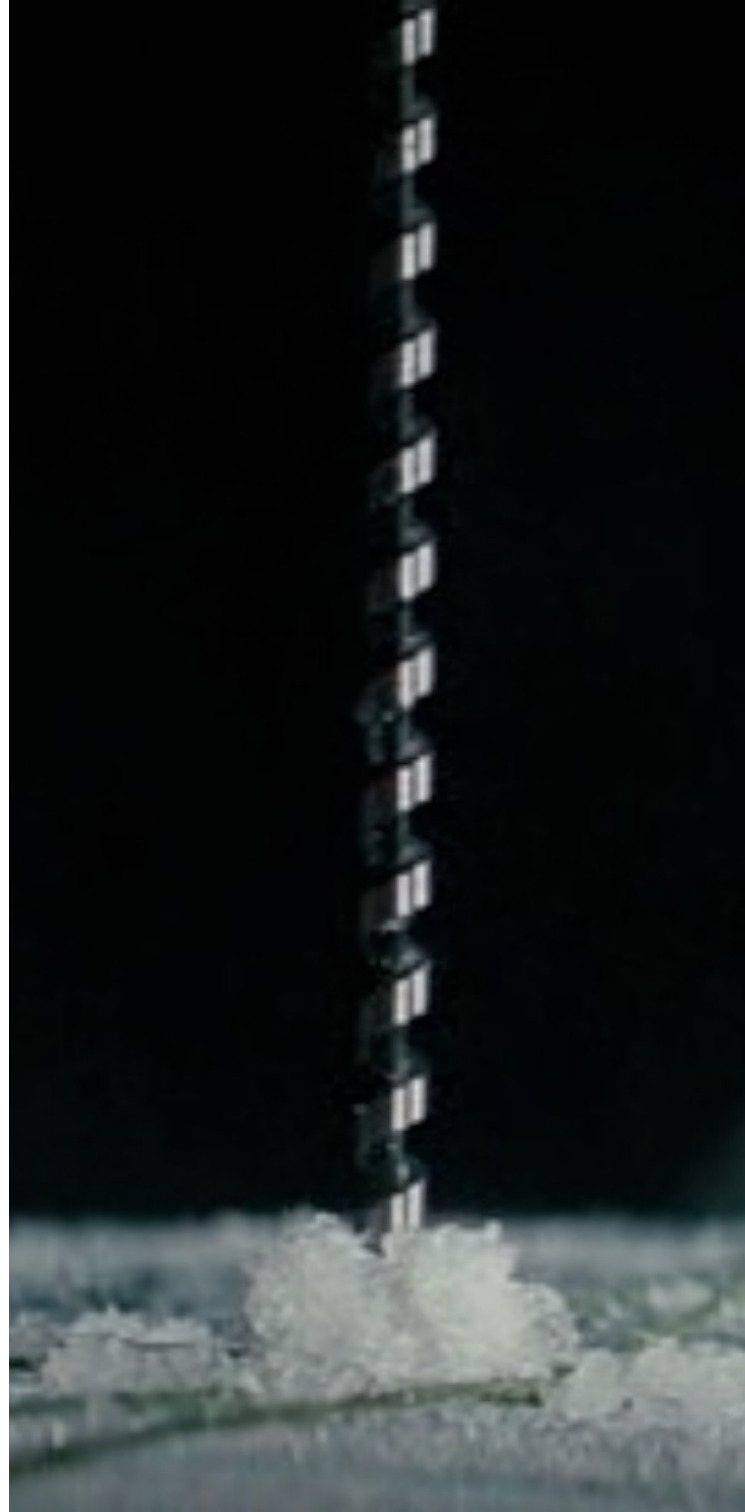
veo al tiempo empaparse,
veo oxidarse el eje
donde el planeta gira.

Chirriar.

Atascarse.

*¡Oh mi amigo el invierno!,
mil y mil veces bien venido seas.*

Húndete en mí,
sea raíz la ausencia que nos colma.



XIV

Vencida la inocencia,
nuestra inmoralidad domesticada,
recogida en un día
la cosecha de todas las edades,
en un instante sólo,
sin aviso,
como una aparición, de pronto somos
conscientes de los años que pasaron
y que fuimos dejando resbalar
por nuestra piel aún joven
cuando éramos nosotros,
no la historia, no el tiempo, no los dogmas,
los dueños de la vida.

Ahora somos mortalmente conscientes
de que sólo nos queda
aquello que se sabe ya perdido.

Hemos ganado el miedo.

XV

Con una línea el mundo se divide.

Es condición del hombre limitar:
las jaulas,
las macetas,
las ciudades.
Reducir la existencia
a bien medidos puntos cardinales
que en sí mismos no tienen dimensión.

Hay sueños parcelados
en vidas troceadas
y el hombre continúa
levantando los muros que me cercan.

Mi vida es un constante
vivir en los fragmentos
de un tiempo que, aunque existe,
ya no me necesita.

Sé que soy un extraño entre vosotros.
Yo,
que sólo deseo
gozar la mansedumbre de los días
esperando que el gallo
anuncie el fin,
sin horas,
sin peldaños,

sin fronteras,
veo que el sol desciende
sobre el único, ya,
horizonte en que creo.

En una línea el mundo se une.

XVI

Lloro sobre mi vida.
Hay nuevos muertos.
El juego continúa.

Unos dioses ociosos,
imprudentes,
nos llenan el camino
de cadáveres diarios.
Cromos de personajes
que han de llenar el álbum de los nichos.

Yo ya estoy completando las casillas
mientras el juego sigue
y fichas nuevas
entran en el tablero de los días.

Oh, dioses,
qué solos debéis de estar vosotros.
No disponéis de muertos
sobre los que llorar.

XVII

Todo cuanto se mueve en torno a mí

se desvanece
como las estaciones
de este tren subterráneo
que sorbe oscuridad
y defeca negrura.

Su corazón de luz entrecortada
está siempre latiendo
por los mismos andenes.

Vuelve
vuelve
vuelve

otra vez
este vagón que no va a ningún sitio.

En esa percepción
es mi propia experiencia
la que más se consume.

Cuanto sobrevive a la vida

es ya pasado.

Espectro.

Alegoría.

Única realidad que deja huella.

Hay un ciego bailando en el andén

ajeno a esta quietud de cementerio,
a esta soledad que sólo dan los trenes,
a esta luz de morgue
de la que está cegado.

La negrura del alma de la tierra
se escapa por los túneles de acceso.
La noche está tan triste en estas calles
que hasta el viento construye remolinos
para no tener miedo.

Ese polvo girando
conspira con la vida.
No.
No.
Así no sé seguirla.

Pronto va a amanecer
y el feliz ciego
puede seguir bailando en los andenes.
El silencio es un globo muy inflado
que picarán los pájaros del alba.

Todavía es posible.
Otro día
repleto de estaciones
vuelve.
Vuelve.

Andar.
Andad
que ya viene el camino

marcándonos el paso.

No.

No.

Así no sé seguirla.

¡Dadme la oscuridad. La luz muy ciega!

XVIII

Al final del camino,
donde estalló tu sombra
fragmentándose en átomos
que ocuparon los poros de la noche,
sólo hay quietud inmensa.

El cielo está apagado.
La noche sin aliento.
El viento se arrodilla.

Todo calla.

Es sin duda el silencio quien más hiere
porque se nutre de él la lejanía.

Y aún así he de seguir.

El camino se estira. Se hace recto
el silencio.

XIX

Podría ser el mar
y es un rumor de coches
sordo sobre el asfalto.
Muere contra el rompiente de la esquina
y se hace espuma.

Es la curva cerrada de la vida
que jamás nos permite
poner recto el volante.

¿Quién renueva el silencio
detrás de cada ola?

XX

Ignoro qué caminos
la han traído hasta aquí.
Qué huellas en el aire perseguía.
Cuántas generaciones de su estirpe
incubaron sus huevos
en las llagas calientes
de otros cuerpos.

Por qué
después de alimentarse en tantos hombres
me ha escogido a mí
para que de cobijo
a una nueva camada
de larvas transparentes.

Se acerca.
Oigo el zumbido
tan similar al asma
ya crónica de un tiempo
que a fuerza de ganar exactitud
renquea.

En el instante exacto
en que se posa,
cruje un reloj eléctrico
para decir que acaba
de matar un segundo.
Suena igual que el chasquido

de esta mosca aplastada.

Una pequeña estrella
de sangre en los cristales
conmemora la historia
de unos cuerpos resecos.

Con qué ligero toque abren los hombres
de par en par la puerta a la nostalgia.

XXI

Vuelvo.

Traigo en los ojos
semillas de caminos agotados
pero no encuentro nada
fértil donde abrigar esta simiente.

De polvo es la ciudad que dejé un día.
Los muros de sus patios son arena.
Arena son las losas
que empedraban las calles.
Granos que se aparean
en un revés del aire
y parirán desiertos
dondequiera que caigan.

Ya descansan los hombres
sobre el lecho mullido
de su propia carcoma.
Sus mandíbulas ríen, aunque el gesto
ha forzado los goznes de la risa
y enseñan su vacío.
Un hueco irrellenable.

Manos para el arado.
Hechas para extender con la caricia
el sudor sobre el lomo de las bestias,
aquí, al sol, blanqueándoos.
Huérfanas,

desgajadas del cuerpo,
sin brazos que conduzcan
el rumbo que empuñaron.

Dedos, que señalasteis
las orillas de un sueño en cada estrella
cuando aún eran brotes
las yemas de los índices,
falange por falange
puedo desmoronar vuestra escultura.

Las costillas se agarran
desnudas
a la tierra.
Son raíces del nombre
que surgió al escarbar
en el alma del mármol.

Los arbustos esconden
unas fechas delgadas,
y este sol
que sestea junto al cadáver roto
ha orinado las fotos y las flores
de plástico.

Vuelvo aquí.
Ya soy vuestro:

Solares
Céspedes
Céspedes
más de trescientos años reencontrándoos.

¿Para eso moríais con los ojos abiertos?

Lo prometí.

Volví.

Traje simiente
que habrá de florecer como pupilas.

Resérvame, ciprés,
un hueco de tu sombra
para que crezca musgo
de mis cuencas vacías
cuando, por fin, también yo los encuentre.

Solares

Céspedes

Céspedes

Soy de aquí,

y os contemplo.

Y así me iré a buscaros,
con los ojos abiertos.

Cementerio de Castiello de la Marina. Febrero,
1993.

XXII

Detrás de mi visión en este espejo
se alimenta el cachorro de mi muerte.

¿Por qué cuanto dejamos
atrás
es lo que más nos nombra y nos recuerda,
y lo que ha de venir
es la sombra de alguien,
la estela de algún muerto?

¿Formo parte del eco
que se repite en todos
y que fue el primer grito de la historia?

Todo lo que está en mí ya ha estado en otros
y nada hay de cuanto a mí me ha herido
que no vaya a dañaros.

Nada será que antes no hay sido
el cadáver de un sueño de un cadáver.
Nada nuevo.

La vida es un pasillo
repleto de retratos,
y en esta procesión no daré alcance
nunca

a aquel que me precede
ni rozará mi espalda el que me sigue.
Pero ya sé que viene quien un día

habrá de rellenar el hueco de mi fosa.

Cuando escuche caer sobre las tablas
un estruendo de tierra
que pide entrar
para abrazar mi carne,
quiero saber si fui todos los hombres,
si es verdad que los dioses
no me habían hecho para andar erguido,
si ha servido de algo poner tanta
levadura en la masa de los sueños.

O si, como presiento,
todo existe y no me necesita.
Si estoy, como vosotros,
anticipadamente condenado
a ir malmuriendo.
Si mi nombre, también,
igual que el vuestro,
adorna ya una tumba en cualquier sitio.



NOTAS

El poema nº XIII es una celebración de *Cenicientas las aguas*, de Rosalía de Castro, cuyo poso emocional me acompañó mucho tiempo y aún lo hace.

A lo largo del libro he ido cogiendo prestadas algunas frases que, por haber convivido conmigo, me he tomado la libertad de alterar o, quien sabe, reproducir. como si fuesen mías. Esto se lo debo al Conde de Villamediana, a F. Pessoa, a J. L. Borges, a E. Sola, a O. Orozco, a E. Chillida...

Í N D I C E

I	<i>En qué lugar de mí</i>	19
II	<i>Qué lejos ya</i>	23
III	<i>Surges entre el olvido</i>	25
IV	<i>Para saber de ti</i>	27
V	<i>¿Vendrías hasta mí?</i>	31
VI	<i>Hubo un tiempo anterior</i>	32
VII	<i>Busco ese territorio</i>	34
VIII	<i>Una voz</i>	37
IX	<i>No ser</i>	40
X	<i>El vértigo de verme</i>	42
XI	<i>La eternidad que quiero</i>	43
XII	<i>Quisiera no ser yo</i>	45
XIII	<i>En la lluvia que cae</i>	47
XIV	<i>Vencida la inocencia</i>	50
XV	<i>Con una línea el mundo</i>	51
XVI	<i>Lloro sobre mi vida</i>	53
XVII	<i>Todo cuando se mueve</i>	54
XVIII	<i>Al final del camino</i>	57
XIX	<i>Podría ser el mar</i>	58
XX	<i>Ignoro qué caminos</i>	59
XXI	<i>Vuelvo</i>	61
XXII	<i>Detrás de mi visión</i>	64

174 meses después de que naciera de papel
a costa de muchos árboles.
Quién sabe cuánto después de que muriera
¿Muere el libro que se agota?



Alejandro Céspedes (Gijón, 12 de diciembre de 1958) www.alejandrocspedes.com es licenciado en Filosofía y Ciencias de la Educación por la Universidad de Oviedo. Desde 1985 reside en Madrid. De 1998 a 2002 realizó crítica de poesía en el suplemento cultural del diario El Mundo, fue miembro fundador y del Consejo Editorial de la Revista Número de Víctimas y responsable del Área de Poesía de la Revista “La Cultura de Madrid”. Ha publicado sus poemas en la revista “Insula”, en el Suplemento Cultural del diario ABC y en la mayoría de revistas literarias españolas. De 2009 a 2011 codirigió el programa de poesía “Definición de savia” en la Radio del Círculo de Bellas Artes de Madrid.

Ha obtenido los premios: “Jaén de Poesía” 2009; Premio de la Crítica de Asturias 2009; “Blas de Otero” 2008; “Hiperión” 1994; “Navarra de poesía” 1985; “Internacional Villa de Lanjarón” 1985 y “Ángel González” 1984.

Ha publicado *Topología de una página en blanco* (eBook, Códice de Barras, 2011); *Flores en la cuneta* (Hiperión, 2009 y eBook CdB 2012); *Los círculos concéntricos* (AAEE, 2008 y eBook CdB 2012); *Sobre andamios de humo* (2008); *Y con esto termino de hablar sobre el amor* (incluido en “Sobre andamios de humo”); *Hay un ciego bailando en el andén* (Hiperión, 1998); *Las palomas mensajeras sólo saben volver* (Hiperión, 1994). *James*

Dean, amor que me prohíbes (Pamiela, 1986) y *La noche y sus consejos* (Genil, 1986). Y las plaquettes *La escoria de los días* (*La esfera*, 2009) *Tú, mi secreta isla* (Plaza de la Marina, 1990) y *Muchacho que surgiste* (Scriptum, 1988).

HAN ESCRITO, ENTRE OTROS, SOBRE *HAY
UN CIEGO BAILANDO EN EL ANDÉN*:

- La Esfera de los Libros, El Mundo, Lort Varo
- ABC Literario, José María Barreda
- El País, Carlos Ortega
- La Guía del Ocio de Madrid, Santiago García
- La Nueva España, Amelia Valcárcel
- Montserrat Garnacho; Revista Rey Lagarto.

Más enlaces, entrevistas, etc. en la página del autor: www.alejandrocospedes.com

poesía Hiperión
(títulos recientes)

- 305 Elena MARTÍN VIVALDI
Las ventanas iluminadas
- 306 Josefina VEGLISON
La poesía árabe clásica
- 307 Fernando QUIÑONES
Cien poemas
- 308 José FERNÁNDEZ DE LA SOTA
Todos los santos
- 309 Jehudá HA-LEVÍ
El cielo y el poder
- 310 Jaime SÁNCHEZ RATIA
*30 poemas árabes
en su contexto*
- 311 Noni BENEGAS & Jesús MUNÁRRIZ
Ellas tienen la palabra
- 312 Christina ROSSETTI
Florilegio
- 313 Jesús MUNÁRRIZ
Corazón independiente
- 314 Fernando PESSOA
Mensaje
- 315 Antonio CARVAJAL
Alma región luciente
- 316 Jorge RIECHMANN
El día que dejé de leer El País
- 317 Violeta C. RANGEL
La posesión del humo
- 318 César SIMÓN
El jardín
- 319 Kurt MARTI
Oraciones fúnebres
- 320 STADLER, HEYM, TRAKL
Tres poemas expresionista alemanes

ALEJANDRO CÉSPEDES (Gijón, 12 de diciembre de 1958) es licenciado en Filosofía y Ciencias de la Educación por la Universidad de Oviedo. Desde 1985 reside en Madrid, donde desarrolla su actividad profesional, siempre ligada al mundo de la cultura.

Ha publicado los siguientes libros de poesía: *La noche y sus consejos* (Genil, Granada. 1986); *James Dean, amor que me prohíbes* (Pamiela, Pamplona. 1986); *Muchacho que surgiste* (Scriptum, Santander. 1988); *Tú, mi secreta isla* (Plaza de la Marina, Málaga. 1990) y *Las palomas mensajeras sólo saben volver* (Hiperión, Madrid. 1994).

En *Hay un ciego bailando en el andén* el poeta dialoga con su infancia, hace recuento del camino recorrido, establece un diálogo entre pasado y presente, entre el extrañamiento del adulto y la libertad sin grietas del niño que fue.

I.S.B.N. 84-7517-533-3



9 788475 175331

Ediciones Hiperión